



Llevando moyas al horno para cocer el aguasal. (Cardale D. Schrimppff, op. cit.).

Notas sobre la investigación arqueológica en Colombia en la década de los ochenta

LUIS DUQUE GÓMEZ

EL ESTABLECIMIENTO, en 1971, de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, ha sido un factor determinante para el avance de los estudios arqueológicos en el país en los últimos años, los cuales alcanzan ya un alto nivel científico, lo que se debe en buena parte a las facilidades que brinda la entidad para llevar a cabo misiones exploratorias y para la elaboración y presentación adecuada de los materiales rescatados. La gran mayoría de los proyectos se han llevado a cabo en coordinación con el Instituto Colombiano de Antropología y con los departamentos que en este campo imparten enseñanza especializada. No pocos han sido los estudiantes que han recibido el estímulo económico de la Fundación para la elaboración de tesis en arqueología, muchas de las cuales han merecido el honor de la publicación.

En 17 años que lleva de establecida, la Fundación ha patrocinado más de un centenar de proyectos de investigación y sus resultados se han venido publicando en monografías que se editan desde 1978 y que se acercan ya a medio centenar, las cuales se han difundido ampliamente en Colombia y en el exterior. Tales trabajos cubren hoy prácticamente toda la zona Andina, la Llanura del Atlántico, parte de la cuenca del río Cauca y de la Vertiente del Pacífico y algunos yacimientos del Piedemonte Oriental. Este esfuerzo investigativo, en gran parte realizado por arqueólogos colombianos, han podido identificar el proceso evolutivo de las culturas precolombinas, desde sus fases más antiguas, que se remonta a más de diez mil años antes de C., hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI. Estos antecedentes de la moderna investigación arqueológica en Colombia, han propiciado un relevante auge de estos estudios en los últimos años, en especial en la década de los ochenta, con la circunstancia feliz de que una generación de jóvenes arqueólogos empieza a distinguirse por la seriedad de sus trabajos investigativos, muchos de los cuales han sido incluidos en la serie de monografías que publica la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, la Revista Colombiana de Antropología, el Boletín del Museo del Oro y las revistas periódicas especializadas en antropología e historia que publican varias universidades, como la Nacional, Andes, Javeriana y la de Antioquia.

EL YACIMIENTO DE TIBITO

Constituye éste, seguramente, el descubrimiento arqueológico más significativo realizado en la Sabana de Bogotá en la década de los ochenta, por cuanto se logró evidenciar aquí la asociación de elementos culturales con restos de megafauna. Desde la iniciación de sus trabajos exploratorios, Van der Hammen y Correal habían sospechado la existencia de un período cultural caracte-

rizado por actividades de caza mayor, a juzgar por el hallazgo de puntas de proyectil de morfología similar a las encontradas en otras áreas americanas en donde desde tiempo atrás se han establecido plenamente tales asociaciones. Faltaba, pues, la evidencia de restos de grandes mamíferos en tal asocio, como el mastodonte, que existieron en varias zonas del territorio de la actual Colombia y cuyos restos, fosilizados, se mencionan en textos antiguos sobre las poblaciones cundinamarquesas de Mosquera, Soacha, Madrid, Bosa y Guasca, pero que hasta el momento del Hallazgo de Tibitó se juzgaban como pertenecientes a períodos anteriores a la llegada de los primeros pobladores de la Sabana.

El yacimiento de Tibitó (localidad ubicada en el municipio de Tocancipá, (Cundinamarca), hallado por Correal Urrego en 1980, fue objeto de una intensiva exploración, patrocinada por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Como resultado de tales trabajos, se identificaron restos calcinados de mastodonte, asociados a instrumentos líticos, en un estrato que, según análisis de C14, fue fechado en 11.740 años antes del presente. Además de mastodonte (*Haplomas todon*), se encontraron también restos de caballo americano (*Equus Amer hippus*), y de las demás especies de la fauna registradas en otros depósitos arqueológicos de la etapa lítica localizados en la Sabana.

“Son muy significativas las características en los depósitos 1-2-3 —escribe Correal Urrego— incorporados a esta unidad; es evidente en ellos, la acumulación selectiva de restos de fauna, caballo, mastodonte y venado, junto con artefactos. Este hecho, sumado al registro de restos parcialmente calcinados, partículas de carbón, presencia de huesos con fracturas longitudinal, probablemente con fines de extracción de la médula; el registro de huesos con incisiones y en un caso mostrando aparentes señales de ruptura ocasionada por arma punzante-contundente, y la acumulación de fragmentos de roca arenisca, muestran la relación de estas evidencias con actividades de cacería”¹.

EL YACIMIENTO DE ZIPACON

Fue localizado en un abrigo rocoso del noroeste de la población del mismo nombre. Los hallazgos realizados aquí tienen gran importancia para el estudio del origen y desarrollo de la agricultura y de la industria de la cerámica en la Sabana de Bogotá y zonas vecinas; constatan la evidencia de un estrato prechibcha muy antiguo, de cuya existencia sospechábamos nosotros desde el año de 1952, cuando adelantamos unas excavaciones en la hacienda Mondoñedo, en las vecindades de la población de Mosquera.

“En la prospección inicial —escriben los responsables del trabajo, Gonzalo Correal Urrego y María Pinto Nola— Zipacón atrajo nuestra preferencial atención, por la simultánea concurrencia de elementos cerámicos y una tecnología lítica similar a otros sitios de la Sabana de Bogotá, existiendo, en consecuencia, la perspectiva de ampliar los datos culturales y cronológicos.

“[...] El sitio de Zipacón I, parece indicarnos que los desarrollos agrícolas de la Sabana se remontan más allá del año 1320 a. C.; los hallazgos aquí registrados nos muestran la coexistencia de patrones de subsistencia basados en la cacería y recolección, junto con prácticas agrícolas. En estos términos, Zipacón, además de suministrarnos la fecha más antigua para la

¹ Gonzalo Correal Urrego
*Evidencias Culturales y
Megafauna Pleistocénica en
Colombia*. Fundación de
Investigaciones
Arqueológicas Nacionales,
Banco de la República,
Bogotá, 1981.

cerámica de la Sabana de Bogotá, nos permite vislumbrar con un poco mayor amplitud los acontecimientos ocurridos hacia el segundo milenio antes de Cristo en esta área”².

Chía, un sitio precerámico en la Sabana de Bogotá, es el título de la monografía de Gerardo Ignacio Ardila C., publicada por la Fundación en 1984. En ella se recogen todas sus observaciones sobre los materiales culturales rescatados en el sitio de Peñitas, que él explorara en 1982-1983. Los resultados obtenidos en este yacimiento, que tuvo una ocupación que se calcula entre 7.500 años y 2.100 años antes del presente, sugieren que la agricultura y la alfarería en la Sabana de Bogotá no fueron el producto de un desarrollo *in situ*, sino que se introdujeron desde regiones más bajas, y que procesos más tempranos deben buscarse en el Valle del Magdalena. No obstante, agrega este investigador, al menos una agricultura de raíces y tubérculos se practicaba ya en un período precerámico en la Sabana de Bogotá, como parece indicarlo el análisis del corte Chía I, que constituye la segunda ocupación de la región estudiada.

Aguazuque I. Una estación y complejo funerario precerámico en la Sabana de Bogotá. En el informe preliminar publicado por el investigador Gonzalo Correal Urrego sobre los importantes hallazgos logrados en este yacimiento arqueológico de la Sabana de Bogotá se lee³: “El sitio de Aguazuque I (Municipio de Soacha, Sabana de Bogotá), representa un yacimiento precerámico, a cielo abierto. El contexto arqueológico muestra un *continuum cultural* de cazadores, recolectores, pescadores, que se integraron en agrupaciones más o menos densas, utilizando los recursos disponibles al lado de los remanentes lacustres de la Sabana de Bogotá. El hilo de esta tradición cultural, sin incluir el límite inferior de la secuencia, en proceso de laboratorio, puede reconstruirse desde el año 4030 A.P. hasta el 3135 A.P. Estas cronologías se basan en datos de carbono catorce, y en correlaciones estratigráficas y culturales con el sitio Vista Hermosa (M.S.Q. 14, Mosquera). La economía, basada en el aprovechamiento de variados recursos faunísticos y vegetales, condujo a cierto sedentarismo, como lo pueden sugerir las altas frecuencias de fauna y artefactos, así como las numerosas inhumaciones practicadas en el sitio. El yacimiento arqueológico, emplazado sobre el hombro de una terraza fuera de áreas de inundación, corresponde a un campamento al aire libre. Las áreas de actividad reconocibles sugieren una estación de cacerías; pero también un basurero y cementerio con convergencia o alternancia de estas condiciones.

“El complejo funerario incluye prácticas muy elaboradas: corte de huesos y pintura, decoración pintada con motivos curvilíneos en los huesos del cráneo y su preparación como recipientes, inhumaciones en círculo, entierros dobles, entierros mutilados e incineración”⁴.

Son éstos los más recientes trabajos arqueológicos realizados en la Sabana de Bogotá y cuya memoria final está en proceso de publicación. Además de las observaciones mencionadas antes, los restos óseos rescatados en las exploraciones permitieron avanzar notablemente en los estudios de paleopatología en esta región de Colombia.

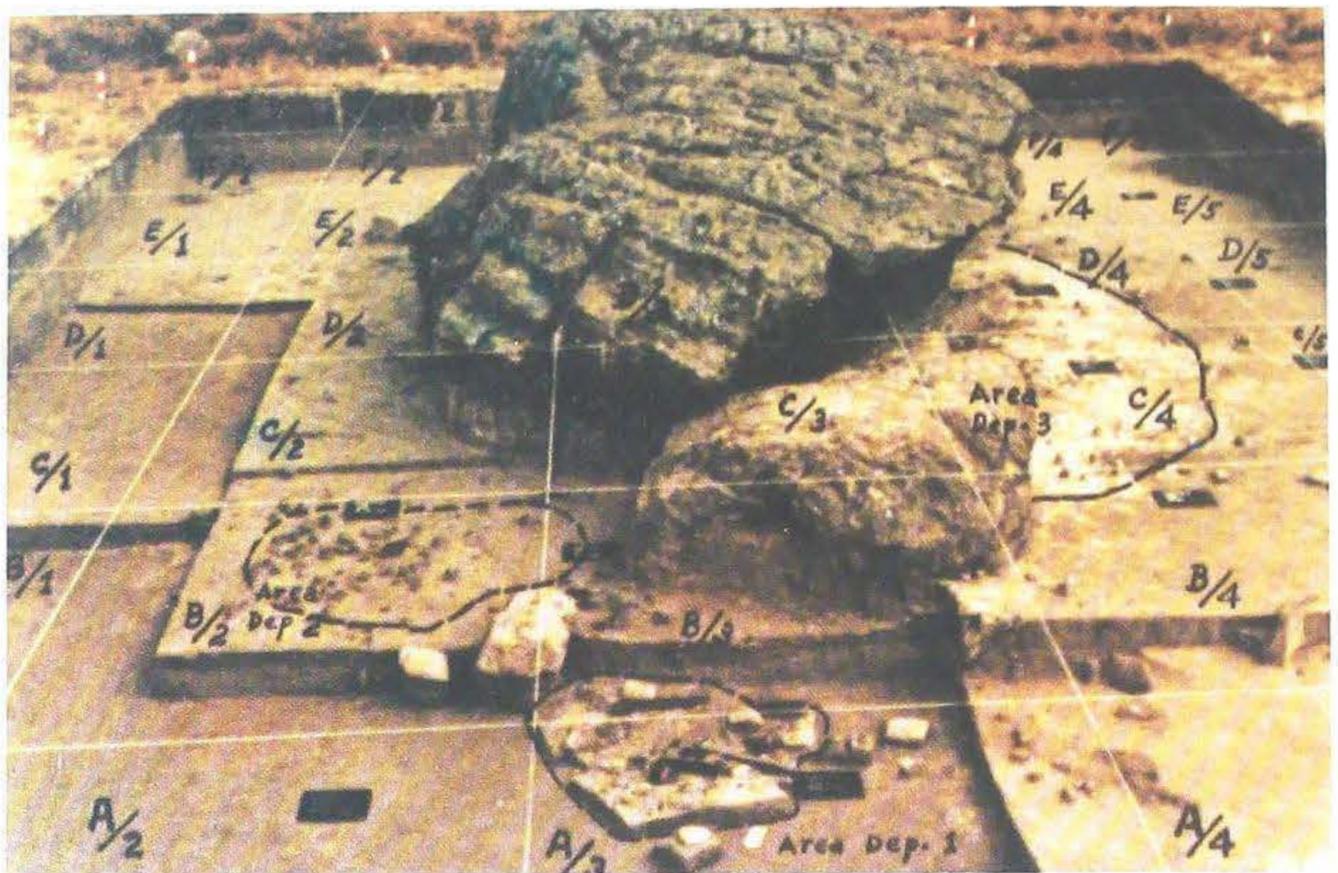
INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA REGION DEL PARAMO DE GUERRERO, MUNICIPIO DE TAUSA

En 1986-1987 se localizó y excavó este yacimiento arqueológico, que ofrece también gran interés, por encontrarse ubicado a 3.350 metros de altura sobre

² Gonzalo Correal Urrego, María Pinto Nolla
Investigaciones Arqueológicas en el municipio de Zipacón - Cundinamarca. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República, Bogotá, 1983.

³ Boletín de Arqueología. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Año I, núm. 3, Bogotá, 1986.

⁴ Gonzalo Correal. Op. cit. Bol. de Arqueología. Año I, núm. 3.



Vista de las Cuadrículas y posición de los depósitos 1 - 2 - 3 estrato 3A.

el nivel del mar, lo que indica una ocupación, así sea estacional, de la zona paramuna de la Cordillera Oriental, desde tiempos precerámicos, ampliándose así el nivel de ocupación altitudinal en la época precolombina.

El depósito se ubica —como lo explica el responsable del proyecto, Sergio Rivera— en los cerros al occidente del embalse del Neusa (Páramo de Guerrero, municipio de Tausa, Cundinamarca). En el sitio se identificaron una serie de ocupaciones, presumiblemente temporales, desde épocas precerámicas hasta tiempos modernos.

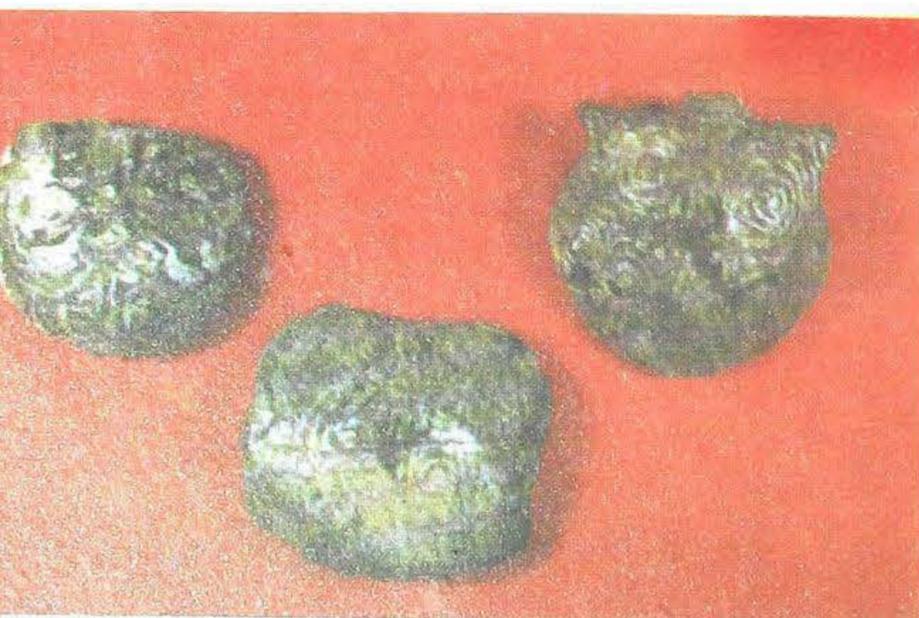
“Se identificaron estaciones de caza y talleres líticos, en los que además de artefactos de tipo abriense, se registró un grupo de utensilios de piedra, de gran tamaño, burdamente tallados por percusión directa”⁵.

⁵ Sergio Rivera, *Investigaciones Arqueológicas en la Región del Páramo de Guerrero (Municipio de Tausa)*, Bol. de Arqueología. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Año 2, núm. 1, 1987.

EXCAVACIONES EN ZIPAQUIRA

Una exploración exhaustiva de la colina salinera de Zipaquirá, permitió a Marianne Cardale de Schrimpff el estudio sistemático de esta importante

Huesos craneales pintados. Entierro colectivo, corte 1.



Artefactos de hueso y cuentas de collar elaborados con dientes de carnívoro y hueso de venado.





Depósito No. 1, artefactos y fragmentos de arenisca (Correal, op. cit.).

industria de los pueblos muisca asentados en la Sabana de Bogotá y zonas aledañas y de muchos de los elementos culturales propios de las fases iniciales del desarrollo de su cultura, especialmente de los rasgos de la cerámica, que aparece ya asociada al beneficio de este recurso natural desde el siglo II a. de C.

“La colina de la sal en Zipaquirá —escribe— es una zona favorecida por la naturaleza que, aun sin la existencia de las fuentes saladas, es un lugar ideal para el asentamiento humano [...].

“Los primeros agricultores empezaron a cultivar la zona de los sitios Zipaquirá V y Va, en una época anterior a los 150 años A.C. Entre los cultivos de esta gente, figuraron el maíz (*Zea Mays*) y tal vez lequinua (*Chenopodium Quinoa*).

“[...] Todo parece indicar que los sistemas utilizados para la explotación de la sal en esta época fueron básicamente idénticos a los empleados muchos siglos después por los muisca. Es decir, el agua sal fue cocinada en vasijas de barro hasta la evaporación del agua, dejando un pan de sal compactada que para extraerlo era necesario romper la vasija”⁶.

⁶ Marianne Cardale de Schrimppff, *Las Salinas de Zipaquirá. Su explotación indígena*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá, 1981.

Excavaciones en el área de Neusa (Sergio Rivera).



Los trabajos que hemos reseñado permiten afirmar que la definición y análisis de la etapa lítica y de los períodos subsiguientes en la Sabana de Bogotá, ha sido el logro de mayor significación en la investigación arqueológica de los años ochenta en Colombia, puesto que para esta zona y regiones aledañas se cuenta ya con un cuadro completo en la historia de la evolución cultural, no sólo en lo que atañe a la arqueología propiamente dicha sino también al estudio de la evolución climática y del ambiente biológico general que imperaba en esta región de Colombia a finales del pleistoceno y en los comienzos de los tiempos holocénicos. La aplicación del método de C14, el análisis del fluor en los restos óseos y estudio de las huellas de polen fósil, como también de la estratigrafía geológica, han suministrado bases seguras para establecer una secuencia cultural y para conocer los rasgos fundamentales de las formas de vida de los primeros grupos aborígenes que se asentaron en la Cordillera Oriental y su evolución a lo largo de esta prolongada etapa. Queda ahora la tarea de definir, con mayor precisión, las rutas que siguieron estas migraciones hasta alcanzar las partes altas de la zona cordillerana. El registro de una punta de proyectil, acanalada, en Bahía Gloria (Golfo de Urabá) y de otros artefactos típicos de los distintos períodos de la etapa lítica en el Alto Sinú, Puerta Roja y Villa Mary (Bolívar), Serranía de San Jacinto, Puerto Hormiga, Serranía de Cosinas, en la Guajira; en los abrigos rocosos de Media Luna, en el Cesar; en Yanacué y otros lugares del Valle del Magdalena, hasta llegar a las vecindades de Neiva, pasando antes por lugares aledaños a las ciénagas de San Silvestre, Chucurí y Puerto Carare, El Edén, Rocas de Palagua y Guayaquil, en Puerto Boyacá, han permitido al investigador Correal Urrego, después de numerosos reconocimientos, hacer un bosquejo aproximado de estas presuntas vías de penetración hacia la "Tierra adentro", las cuales parece que señalan claramente la dirección norte-sur, desde la región ístmica, siguiendo los litorales y los valles de los grandes ríos, especialmente el Atrato, San Juan, Sinú, Cauca y Magdalena.

EL ARCAICO

Entre la etapa lítica y la Etapa Formativa medió un largo período que aún no ha sido cronológicamente bien precisado en las distintas regiones de Colom-

Camellones precolombinos del San Jorge (Foto C. Plazas).



bia, el cual se ha denominado Período Arcaico, que en Mesoamérica se ubica entre 7.000 y 2.300 años a. C. Durante este lapso, el hombre americano avanza notablemente en el conocimiento de su medio ambiente, especialmente del mundo vegetal, que crea una perspectiva favorable para el comienzo de la domesticación de las plantas, esto es, el descubrimiento de la agricultura, que tanta significación iría a tener en el progreso de sus rudimentarias formas culturales. Los vestigios hallados en Zipacón parecen ser, como bien lo anota Correal Urrego, la culminación de este período de transición, durante el cual se transforman fundamentalmente los medios de vida de estos antiguos pueblos que habitaban en la Sabana. También se le denomina Formativo Temprano. La investigación más reciente sobre este período fue realizada por el arqueólogo Augusto Oyuela Caycedo en yacimientos de la Serranía de San Jacinto (Departamento de Bolívar), en 1987. Reconocimientos anteriores de elementos pertenecientes al mismo período habían sido logrados en otros sitios de la Llanura del Atlántico, cerca a los litorales, como Canapote, Barlovento, Tesca, Monzú, Puerto Hormiga, Bucarelia y El Pozón, por Reichel-Dolmatoff, Bischof, Plazas y Falchetti, pero los datos cronológicos obtenidos por Oyuela son más antiguos y cambian —como él mismo lo afirma— la óptica con que se ha venido enfocando el problema ⁷.

EL FORMATIVO

A la etapa del Formativo propiamente dicho corresponden numerosos depósitos arqueológicos hallados en diferentes regiones del país, muchos de los cuales han sido explorados también bajo el patrocinio de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República y del Instituto Colombiano de Antropología. Sus desarrollos superiores entran en un período que para algunas zonas se ha denominado reciente, el cual empata ya con las fases etnohistóricas, es decir, con el cuadro de las culturas aborígenes encontradas por los expedicionarios europeos en la primera mitad del siglo XVI. Ciénaga de Santa Marta, Bajo Río Magdalena, Malambo, Valle de Santiago y Ciénaga de Guájaros (Departamento del Atlántico), Alto de Sinú, Nahuange y Cinto (Magdalena), Bajo Río San Jorge, Capurganá (Chocó), Sierra Nevada de Santa Marta, Magdalena Medio, Zona Calima, Valle del Patía, Bajo Río

Ofrenda hallada durante la restauración de un muro de contención sobre la quebrada Lajas.



Augusto Oyuela, *Dos sitios arqueológicos con desgrasante de fibra vegetal en la Serranía de San Jacinto (Departamento de Bolívar)*, Boletín de Arqueología, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Año 2, núm. 1, 1987.



Puente monolítico sobre la quebrada Lajas. (Trabajos de restauración en Pueblito, Gilberto Cadavid).

Caquetá, región de Yopal, Araracuara, Valle de Samacá, Valle de Tenza, entre otros, son sitios y regiones explorados por Carlos Angulo Valdés, León Reines, Guillermo Casasbuenas y Amparo Espinosa, Augusto Oyuela, Clemencia Plazas, Ana María Falchetti, María Eugenia Naranjo y María del Carmen Bedoya, Luisa Fernanda Herrera de Turbay y Neyla Castillo, Marianne Cardale, Carlos Humberto Illera, Diógenes Patiño, Cristóbal Gnecco, Santiago Mora, Elizabeth Márquez, Angela Andrade, María del Pilar Gutiérrez Becquet, Virgilio Becerra, Carlos Castaño y Carmen Lucía Dávila, Roberto Lleras, Ana María Boada. Constituyen un cuerpo de datos de gran significación en el proceso evolutivo de las culturas aborígenes que se desarrollaron en distintas regiones del territorio que hoy es Colombia en tiempos prehispanicos. Es el paso de una economía primitiva, basada en la caza, la pesca, la recolección, a la economía agraria, cuando el hombre del Nuevo Mundo logra la domesticación de las plantas. Suspende así su milenario trasegar a lo largo de litorales, de las cuencas de los ríos, de las amplias llanuras, para esperar la maduración de los frutos que ha plantado, después de un lento período de observación y de experimentación agrícolas. Y el resultado del esfuerzo es pródigo. Con la práctica de la agricultura se amplía notablemente su universo cultural y se puebla su imaginación de nuevas imágenes, a la vez que se enriquece su pensamiento mágico-religioso. Inclinado sobre el surco se ve precisado también a inquirir acerca de los fenómenos astrales, que considera como supremos reguladores de aquella realidad que surgía maravillosamente de su solicitud y que le daba una nueva dimensión de su propia existencia. El maíz, la papa, la yuca, la patata, el maní, el pivijay, el algodón, el tabaco, la coca, la quinoa y otros frutos, constituyeron su punto de despegue hacia los amplios campos de la civilización. Por eso podemos decir que la historia de la población indígena americana es la historia de sus descubrimientos agrícolas y que ella está profundamente anclada a su pensamiento religioso, a su organización y a las diversas formas de su expresión estética. También en el Viejo Mundo, casi en la misma época, ocurría un proceso parecido, con alcances igualmente significativos, cuando los talleres de la industria lítica de los grandes cazadores y recolectores hicieron fructificar a su voluntad los campos, preparando así el advenimiento de las culturas neolíticas y con ellas los antecedentes inmediatos de la historia de la civilización.



Arriba: Planta de habitación en la Estación (San Agustín). Derecha: Estatua pintada del montículo de El Purutal. (Cubillos, op. cit.).

Algunos de estos trabajos de exploración han sido aislados, pero otros hacen parte, como los de la Etapa Lítica, de planes integrados: “Arqueología del Norte de Colombia”, que coordina Carlos Angulo Valdés; “Arqueología de San Agustín”, con la colaboración nuestra y de los investigadores Julio César Cubillos y Héctor Llanos; “Arqueología de Tierradentro”, bajo la dirección de Mauricio Puerta y Alvaro Chávez; “Proyecto de Calima”, bajo la orientación de Warwick Bray, con la colaboración de Marianne Cardale de Schrimppff y Leonor Herrera; “Arqueología del Bajo río San Jorge”, conducido por Clemencia Plazas y Ana María Falchetti.

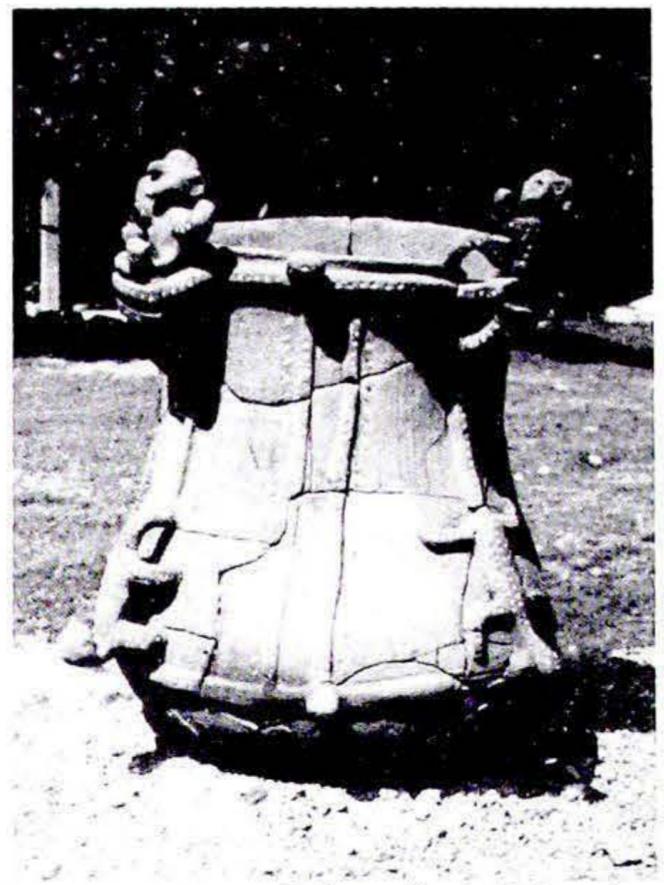
Por su parte, el Instituto de Investigaciones del Valle del Cauca (Inciva) adelanta un proyecto de investigación en la zona calima, con los arqueólogos Héctor Salgado y Carlos Armando Rodríguez. Igualmente la Universidad de los Andes impulsa el “Proyecto Arqueológico del Valle de la Plata, Huila”, desde 1984, con la colaboración del Instituto Colombiano de Antropología, la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República y varias entidades norteamericanas, bajo la dirección de Robert Drennan, con el cual se pretende precisar las relaciones que pudieron existir entre las áreas arqueológicas de San Agustín y Tierradentro y comprender lo que fueron y significaron las sociedades que habitaron estas zonas en tiempos precolombinos.

El primero se inicia con un reconocimiento de los yacimientos de la ciénaga de Santa Marta, que permitió al investigador Carlos Angulo Valdés formular el planteamiento de que los concheros del norte de Colombia no pueden tomarse como base para definir uno de los horizontes del desarrollo cultural prehispánico sino que la estrecha dependencia del mar como medio de subsistencia se registra en un largo período que se extiende desde Puerto Hormiga (3.000 a. C.), hasta el período histórico ⁸.

Un segundo paso se dió con el estudio in extenso de yacimientos arqueológicos en el área de Malambo, con el propósito de aclarar todavía más las presuntas vinculaciones o relaciones culturales que tenían los antiguos pueblos del Bajo Magdalena con los que moraban en el Bajo Orinoco, cuyo origen se presumía, en su etapa inicial, alrededor del comienzo del primer milenio antes de Cristo ⁹.

⁸ Carlos Angulo Valdés, *Arqueología de la Ciénaga Grande de Santa Marta*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1978, pág. 164.

⁹ Carlos Angulo Valdés, *La tradición Malambo*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1981.



Cerámica ceremonial encontrada en los hipogeos de Tierradentro (Cauca). Hallazgo No. 1 (El Duende). (Chávez. Puerta, op. cit.)

No menos importante fue el proyecto de investigación llevado a cabo en el Valle de Santiago (Departamento de Atlántico), que permitió el rescate de variados materiales para una reconstrucción completa de los modos de vida de la población aborígen que allí estuvo asentada y que tipifican un entorno cultural más amplio, propio de las tierras bajas de Colombia, en estrecha relación con los recursos que brinda el medio ambiente. Este enfoque integral, que Angulo Valdés presenta en una monografía especial ¹⁰, se apoya, desde luego, en los resultados logrados en exploraciones similares logradas en otros yacimientos de esta misma zona, como Puerto Hormiga, Barlovento, Crespo, Momil, Canapote, Valle del río San Jorge, de Reichel Dolmatoff, Bischof, Plazas y Falchetti.

Este marco de referencia se amplía ahora con las exploraciones de las orillas de la Ciénaga de Guájaro, en el mismo departamento, que permitieron la identificación de dos ocupaciones, una de las cuales, denominada por Angulo Valdés como Período Rotinet, estaría representada por comunidades enmarcadas dentro del modo de vida recolector-cazador de ciénaga... es una variante del modo de vida recolector marino representado en los yacimientos de Monzú, Puerto Hormiga, Canapote y Barlovento, cuyas gentes se habrían desplazado a estos ambientes hacia el tercer milenio a. C., con lo cual se amplía geográficamente —como lo sugiere Angulo Valdés— el área donde se dieron los primeros ensayos de la vida aldeana en el norte de Colombia ¹¹.

EXPLORACIONES EN EL BAJO SAN JORGE

Mención especial merece el trabajo realizado por Clemencia Plazas y Ana María Falchetti en el Bajo Río San Jorge, bajo el patrocinio económico del Museo del Oro y Econíquel. Dichas investigaciones arqueológicas permitieron determinar que, desde antes del siglo I a. C. hasta el siglo X d. C., la zona fue ocupada por densas poblaciones, las cuales lograron domeñar, con admirable técnica, las dificultades del medio y convertir esta zona inundable en un recurso especialmente rico para su subsistencia, mediante extensos

¹⁰ Carlos Angulo Valdés, *Arqueología del Valle de Santiago Norte de Colombia*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1983.

¹¹ Carlos Angulo Valdés, *Guájaro en la Arqueología del Norte de Colombia*, Boletín de Arqueología, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá, Año I, núm. 3, Bogotá, 1986.

drenajes, con un sistema de canales artificiales que cubren más de 500.000 hectáreas. A lo largo de las vías acuáticas se alinean plataformas artificiales, sobre las que se construyeron las viviendas y los túmulos funerarios. Se trata, pues, de un ingenioso aprovechamiento de la zona inundable, con su potencial como abastecedora de alimentos, por la riqueza de su fauna acuática y la fertilidad de sus suelos, abonados anualmente por las inundaciones.

“El funcionamiento de este sistema económico —escriben Plazas y Falchetti—, implicaría la existencia de una estructura de poder que controlaba la producción de alimentos en gran escala, y un eficiente sistema de redistribución”¹².

SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA

El reconocimiento científico de las ruinas arqueológicas de la Sierra Nevada de Santa Marta ha sido, al lado de programas de arqueología de salvamento, el programa principal en que ha estado comprometido el Instituto Colombiano de Antropología en la década de los ochenta. El intenso trabajo de reconstrucción, consolidación y preservación de las ruinas monumentales del sitio denominado “Ciudad Perdida” y la exploración de yacimientos avocados, como Alto de Mira y otros, han propiciado un importante y oportuno rescate de este significativo patrimonio arqueológico de Colombia, una labor adelantada por Alvaro Soto Holguín, Gilberto Cadavid, Luisa Fernanda Herrera, Ana María Groot de Mahecha y otros conocidos arqueólogos colombianos, quienes se han encargado de continuar así las investigaciones impulsadas en décadas pasadas por Alden Mason y Reichel Dolmatoff. En los últimos años, la Fundación y el Instituto adelantan labores de reconstrucción en el yacimiento denominado “Pueblito”, en donde estuvieron centrados los estudios de los dos investigadores antes mencionados. Informes técnicos y hermosos libros de promoción se han publicado recientemente sobre la Sierra, en los cuales se aprecia la belleza incomparable de esta región de Colombia y el desarrollo que alcanzaron las tribus que allí moraban, cuyos descendientes moran todavía en pintorescos poblados que se levantan en los descansos de las inclinadas vertientes y que conservan en buena parte las pautas culturales propias de los antiguos Taironas.

SAN AGUSTIN

El segundo de los planes integrados es el de San Agustín, bajo nuestra dirección y con la colaboración de Julio César Cubillos y Héctor Llanos. Una exploración sistemática del Alto de Los Idolos, las Mesitas A, B, C, Alto de Lavapatas, Alto de Las Piedras, La Estación. El Purutal, Quinchana, Cañón del río Granates, El Estrecho, ha permitido en lo que va corrido de esta década solucionar en buena parte los interrogantes que antes se planteaban acerca del origen y la evolución de esta importante cultura precolombina que floreciera en el Alto Magdalena. Una prolija información sobre los resultados de las exploraciones en cada uno de estos sitios aparece publicada en distintas monografías: *Arqueología de San Agustín - Alto de Los Idolos. Montículos y Tumbas* (Luis Duque Gómez, Julio César Cubillos, 1979). *Arqueología de San Agustín. El Estrecho, El Parador y Mesitas C.* (Julio César Cubillos, 1980). *Arqueología de San Agustín. La Estación* (Luis Duque Gómez, Julio César Cubillos, 1981).

¹² Clemencia, Plazas, Ana María, Falchetti, *Asentamientos Prehispánicos en el Bajo Río San Jorge*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1981.



Excavaciones en El Pital (Area Calima, Héctor Salgado).

Arqueología de San Agustín. Exploraciones y trabajos de reconstrucción en las Mesitas A y B (Luis Duque Gómez, Julio César Cubillos, 1983).

Asentamientos Prehispánicos de Quinchana-San Agustín. (Héctor Llanos Vargas, Anabella Durán de Gómez, 1983).

Arqueología de San Agustín Alto de El Purutal (Julio César Cubillos, 1986).

Arqueología de San Agustín-Alto de Lavapatas (Luis Duque Gómez, Julio César Cubillos, 1988).

Arqueología de San Agustín. Pautas de asentamientos en el cañón del río Granates (Héctor Llanos Vargas, 1988).

Todos estos trabajos, realizados y publicados bajo el patrocinio de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, demuestran que San Agustín es un proceso cultural continuo, por lo menos desde el siglo IX, a. C., hasta las tempranas décadas del siglo XVI, con algunas variantes en las últimas fases de su desarrollo, las cuales pueden explicarse más por causas endógenas que por irrupción de elementos foráneos. El carácter ceremonial de la zona, consagrada a un desarrollo culto funerario, explica, quizás, esta larga vigencia de sus elementos fundamentales y de su mensaje mágico-religioso.

A través de los aludidos trabajos se ha venido consolidando el cuadro cronológico presentado por nosotros (Duque Gómez, Luis, Julio César Cubillos, 1979) y que comprende:

1o. Arcaico	(3.300 a C. a 1.000 a. C.)
2o. Formativo	(1.000 a C. a 300 d. C.)
Inferior	(1.000 a. C. a 200 a. C.)
Superior	(200 a. C. a 300 d. C.)
3o. Clásico Regional	(300 d. C. a 800 d. C.)
4o. Reciente	(900 d. C. a 1.600 d. C.)

El cuadro anterior está sustentado en fechas obtenidas por el método de C14, como también en las asociaciones que han logrado establecerse entre la estatuaria monumental y otros elementos de esta cultura, como la cerámica, la



Excavaciones en El Pital (Area Calima, Héctor Salgado).

agricultura del maíz y de otros frutos, las prácticas funerarias y la orfebrería, entre otros, como aparece expuesto en nuestro más reciente trabajo ¹³.

TIERRADENTRO

Constituye éste, también, un plan integrado de investigación arqueológica, bajo el patrocinio de la Fundación y del Instituto Colombiano de Antropología. Sus directores, Alvaro Chaves y Mauricio Puerta, lo iniciaron en 1973 y en expediciones sucesivas, que se prolongaron hasta 1983, hicieron un reconocimiento sistemático de la estatuaria y de los hipogeos existentes en este importante yacimiento arqueológico y excavaron tumbas y sitios de habitación en Loma del Aguacate, Alto del Duende, Loma de Segovia, Aguabonita, Moscopán, la Argentina, Yarumal, Inzá, Turminá, Mosoco, Cañón del río Malvasá, El Salado y Coscuro.

Los resultados de tales estudios han venido publicándose parcialmente en revistas especializadas nacionales. La Fundación editó el libro que lleva por título *Entierros Primarios de Tierradentro* y actualmente está en prensa *Vivienda precolombina e indígena actual en Tierradentro*. En éstos, como en los informes que están todavía inéditos, se hace un registro metódico de la estatuaria y de los hipogeos y la presentación adecuada de la cerámica ceremonial y de uso doméstico, como también de las pautas de la vivienda, comparándolas con las de los paeces, que es el grupo indígena que todavía supervive en esta montañosa región de Colombia. Falta por establecer aquí una periodicidad cultural que facilite todavía más la comparación con yacimientos arqueológicos de áreas vecindadas, como las de San Agustín y el Alto y Medio río Cauca.

PRO-CALIMA

Una larga tradición tiene el programa Pro-Calima, que impulsa en Colombia Warwick Bray con la colaboración de Marianne Cardale de Schrimppf y

¹³ Luis Duque Gómez, Julio César Cubillos, *Arqueología de San Agustín - Alto de Lavapatas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá, 1988.

Leonor Herrera. Numerosas temporadas de terreno han ido aclarando en esta zona, gracias a este programa colombo-británico, la secuencia cultural en el valle del río Calima, una región que por sus peculiares condiciones geográficas irradió influencia cultural en distintas direcciones, especialmente sobre el valle del río Cauca. Períodos Ilama, Yotoco, Sonso, son los que han podido establecerse hasta ahora, precedidos por una etapa lítica que, según los últimos hallazgos realizados por Héctor Salgado en el sitio El Pital y las misiones antes mencionadas, se remonta ya a cerca de 10.000 años antes del presente, señalándose esta zona como una de las vías de penetración más antiguas en el territorio de lo que es hoy Colombia, quizás transitada por pueblos provenientes de la Vertiente del Pacífico y que posteriormente recibieron el influjo de corrientes culturales de territorios ubicados más hacia el norte.

La Orfebrería: La década de los ochenta señala también un notorio progreso en el estudio de la orfebrería, tanto en lo que se refiere a las técnicas como a la interpretación del mensaje mágico-religioso de los motivos en ella representados. Este progreso es determinado por la importancia, cada vez más creciente, del Museo del Oro del Banco de la República, el aumento de sus colecciones, las investigaciones llevadas a cabo por su personal especializado y el plan de más de medio centenar de exposiciones en el exterior, que ha dado origen a la publicación de admirables catálogos, en los que se incluyen densos estudios sobre los aspectos anteriormente anotados. Clemencia Plazas, Ana María Falchetti, Warwick y Ann Legast, han enriquecido con sus contribuciones los conocimientos que se tenían en relación con este importante capítulo de las culturas indígenas de Colombia. *La Fauna en la Orfebrería Sinú y el Animal en el Mundo Mítico Tairona*, de Ann Legast (1980 y 1987, respectivamente), los estudios de Plazas y Falchetti, incluidos en diferentes entregas del Boletín del Museo del Oro y en la Revista Colombiana de Antropología, y los de Bray en revistas especializadas del exterior, constituyen nuevos enfoques sobre la tecnología de las diferentes zonas orfebres de Colombia, con base en estudios sistemáticos de la colección del Museo del Oro y en observaciones de terreno.

La similitud de técnicas y motivos representados en las colecciones de orfebrería de Costa Rica y Panamá con los de Colombia, ha hecho pensar a varios investigadores que el origen de tales manifestaciones, al menos de sus influencias externas, debe buscarse hacia el sur, en las zonas donde se desarrolló la cultura Sinú y la conocida convencionalmente con el nombre de Quimbaya. Estas mismas circunstancias hacen especialmente importantes y significativos los estudios comparativos que allí se han adelantado para un mejor conocimiento de los rasgos de la orfebrería prehispánica de Colombia, en particular los de Snarskis, Bray, Lechtman, Helms, Cooke, Stone, Howe y otros, los cuales fueron presentados en las distintas ponencias del 45 Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Bogotá en el año de 1985, tales como *Perspectivas de la metalurgia precolombina de las Américas*, de Heather Lechtman; *La Iconografía comparativa de metales y otros medios en Costa Rica precolombina*, de Michael J. Snarskis; *El motivo del "ave de las alas desplegadas" en la orfebrería de Panamá y Costa Rica*, de Richard G. Cooke; *Estudio radiográfico de colgantes de oro fundidos al vacío de sitio Conte*, de Ellen G. Howe. Tales trabajos fueron incluidos en la memoria que, editada bajo la dirección de Clemencia Plazas y publicada por el Banco de la República de Colombia, lleva por título *Metalurgia de América Precolombina, 45 Congreso Internacional de Americanistas*, Universidad de los Andes. Bogotá, Colombia, 1985. Colección bibliográfica. Banco de la República.

Singular importancia tiene la de Michael J. Snarskis, referente a la iconografía comparativa en Costa Rica, una región donde —como dejamos anotado— floreció una orfebrería que tiene grandes similitudes en cuanto a la técnica y los motivos estilísticos con los que se desarrollaron en Colombia. “La sofisticada metalurgia de las Américas —escribe— definitivamente tiene un origen suramericano [...] Bray (1981) ha observado que las repúblicas de la baja Centroamérica, junto con las culturas colombianas que influyeron en ellas, forman una misma provincia metalúrgica, caracterizada por una tecnología que enfatizó la fundición a la cera perdida, aleaciones (a menudo llamadas tumbaga) de oro-cobre (a veces con plata), decoración de falsa filigrana y *mise en couleur* o dorado por oxidación. . . La época cercana al 500 d. C. debió ser especialmente dinámica en este sentido, con evidencias en Costa Rica de intercambio a grandes distancias, desde el norte y el sur”¹⁴.

Helms (1977, 1979) —citado por Snarskis— “ha sugerido que un posible primer paso hacia la comprensión de las creencias prehispánicas en Panamá, puede darse a través del análisis interpretativo de los mitos de pueblos sobrevivientes como los Kuna, aunque Cooke (1984) ha advertido que la excesiva extrapolación no es aconsejable. Ante la ausencia de textos precolombinos, no hay simplemente una solución fácil a este dilema”¹⁵.

“Helms (1979: 87-89), citado por Snarskis”, señala que en tiempos históricos el héroe cultural mítico de los Kuna panameños era descrito llevando “vestimentas de oro” en sus confrontaciones con otras figuras de mando, que estaban ataviadas de manera similar. Esto encaja bien con algunas descripciones de cronistas españoles de jefes y guerreros en Diquis, como también con la riqueza en oro encontrada en algunas tumbas, donde los personajes de elite estaban literalmente cubiertos de la cabeza a los pies con ornamentos de oro (Lothrop 1937: 47).

“Tras un análisis temático y estructural de algunos mitos kuna, Helms sugiere que tal vestidura dorada” es simbólica del ámbito celeste, particularmente del sol, que a su vez funciona como fuente de energía dadora de vida para el mundo natural”¹⁶.

En el presente año de 1988, el Museo del Oro ha dado a la publicidad, en lujosa edición, el libro de que es autor Gerardo Reichel-Dolmatoff, que lleva por título *Orfebrería y Shamanismo. Un estudio iconográfico del Museo del Oro* y que complementa estos esfuerzos de interpretación del mensaje implícito en los objetos que integran la colección de esta entidad, esfuerzos que realmente iniciaron en Colombia Liborio Zerda, Vicente Restrepo, Ernesto Restrepo Tirado, José Pérez de Barradas y otros connotados investigadores nacionales y extranjeros.

¹⁴ Michael J. Snarskis, *La Iconografía Comparativa de Metales y otros medios en Costa Rica Precolombina*, En: *Metalurgia de América Precolombina*, 45 Congreso Internacional de Americanistas. Colección bibliográfica. Banco de la República. Bogotá, 1985, pág. 94.

¹⁵ Snarskis, 1985, op. cit. pág. 96.

¹⁶ Snarskis, 1985, op. cit. pág. 97.